

¡La alta Atenas, la Grecia!
Que en saber tanto se precia,
Se castellan.

CAPITULO VI.

LA MUERTE DEL JUSTO.

¡Triste como la noche, melancólica como el quejo de una torcaz que se lamenta en la profundidad de un barranco, ó como el gemido desgarrador de una madre que llora sobre el inanimado cuerpo de su hijo; está la humilde casa del depositario eseojido, entre millares de justos, para velar sobre el tesoro mas estimado, sobre el tesoro de mas precio que el Increado hizo descender á la tierra, en bien de la humanidad!

Lúgubre como el acompasado péndulo de un reloj ó como el eco plañidero de una campana que avisa la partida de una alma, que, pronta á separarse de la vil materia, parece dar en ella su postrer adios á la tumba de los vivos, á la tierra donde peregrinó entre lágrimas.

¿Por qué no canta la alegre golondrina sobre su techo? ¿por qué las rosas, los yerbabuenales y los nardos, cultivados en el pequeño patio, por la mano casta de María, parecen ocultar su perfume como quejosos y llorando?

¡El Justo muere; y con el último soplo de su aliento parece arrastrar tras sí, la felicidad de los seres que le rodean!

¡José! el descendiente de reyes; el representante del Padre celestial sobre la tierra; cuyos encallecidos brazos, fueron trono del Hijo de Dios, y su pecho reclinatorio, donde tantas veces apoyó su frente, reflejo puro en que se miran los ángeles; ¡José! modelo de esposos y de padres, se halla tendido en un pobre, pero aseado lecho.

María y Jesus no se apartan de él, y le contemplan con amorosa ternura. El dolor que se retrata en sus semblantes es resignado, pero inmenso y profundo, como el oleaje que se contiene en el seno del mar, á través de una superficie tranquila.

Por su rostro se deslizan abundantes lágrimas; pero no son las lágrimas desesperadas del que vé en los fallos de la Providencia la contrariedad mas injusta, porque no sabe respetarlos ni someterse á ellos con la heroica resignacion del verdadero cristiano; del que se precia de ser hijo de Dios por sus hechos, y no por pura fórmula. Sus lágrimas son el rocío celeste, que Dios deposita en el alma de los mortales, para endulzar los pesares á que por su naturaleza, se ven sujetos con frecuencia.

La pena que las arranca de su corazón, es grande. Va á desaparecer de su lado el casto José; el que empleó la mayor parte de su vida en velar por ellos, en amarlos, cuidarlos y servirlos con una solicitud paternal: va á desaparecer de la tierra el anciano hospitalario, que sentado á la puerta de su pequeña casa, al caer de la tarde, ofrecía una franca hospitalidad, en el pequeño cor-

redor de ella, al cansado viajero, que por allí tenía la dicha de pasar: va á desaparecer el modelo de los esposos y de los padres; el artesano humilde y laborioso, cuyas manos encallecidas en el trabajo, estaban siempre prontas y solícitas á socorrer al necesitado que llegaba á sus puertas: va, en fin, á desaparecer el Patriarca Santísimo, que superpujando en virtud á todos los patriarcas de la Ley Antigua, mereció ser elevado sobre todos ellos, á la gran dignidad de Esposo de María y Padre adoptivo del Verbo.

¿Qué mayor dicha para el casto y privilegiado José que ver humedecido su lecho de muerte por lágrimas tan preciosas?

¡José fija sus ojos llenos de ternura, en su Hijo y en su Esposa; en su Dios y en su Reina!

¡Y sus labios pálidos y débiles, modulan plegarias, cuyo eco sublime, recojido por los ángeles, sube al trono del Altísimo, como la melodía del suspiro del viento entre las flores, como el rumor de una alborada que se despierta, como el arpegio dulcísimo arrancado del pecho de un ser que cree, ama y espera!.....

La luz del crepúsculo vespertino, como un velo de blanca gasa, cuyos pliegues al caer forman opacas sombras que van extendiéndose gradualmente en torno de nuestros ojos, penetró por la estrecha ventanilla del aposento en que la Santa Familia se encontraba, é iluminó derrepente aquel grupo doliente, aquel venerable anciano, sobre cuyo lecho se cernía el sople destructor de la muer-

te, próximo á segar su vida con su guadaña inexorable.

El Occidente se tiñó de nacarados nimbos, aljofarados promontorios de plomizo oscuro con perfiles brillantes de oro y plata, y lampos de nieve, destacándose en gigantescas figuras sobre un azul intenso.

El susurro del viento se hizo mas ténue; y el olor de las rosas, los claveles y azucenas que crecían entre los menudos espárragos, en el patio de aquella humilde casa, invadió aquel dichoso santuario, donde el Justo, el inmaculado José moría, con el Hijo de Dios á la cabecera; mientras María arrodillada recibía su último aliento, orando á sus pies.

¿Cuando José exhaló el último suspiro, los ángeles debieron sonreír en torno de su lecho!

¡El alma que se escapaba de aquel frágil vaso, de aquel cuerpo puro, era el alma de un Justo; y de un Justo, cuyas altas preeminencias en la vida de Jesucristo, durante veintinueve años que le sirvió de padre, eran ó son incontables!

¿Qué pluma será bastante tierna, inspirada y sublime, para trasladar al papel, el cuadro precioso de la muerte de José?

¿Quién es capaz de desarrollar bajo la presión de su mano, ese lienzo semi-divino, en que tanto conmueven el sentimiento del Hijo, el dolor de la Esposa y la angelical resignación del que abandona el polvo de la tierra, teniendo por sacerdote á Jesucristo y por enfermera á la Madre de Dios?

¡Yo!..... arenilla que se pierde en la profundidad; arista que desaparecerá del polvo de la tierra, cuando el aquilon ruja, demoliendo la vanidad de mi orgulloso ser! ¡Yo!..... cedo y vacilo ante la sublimidad de esa muerte, que no debiera llamarse así; porque solo fué el letargo de un sueño sin dolor: el reposo de una alma, que se desprende de la materia para volar á su verdadera patria!.....

SUPLICA

¡Oh José! esposo de María, delegado de Dios sobre la tierra, para servir de padre al Unigénito; ¡yo me acojo á tí! Tú, que mereciste durante tu penosa vida, que obedeciera tus mandatos, El que hace descender el rayo; El que contiene á los mares en su arenoso cauce; El que enfrena las tempestades; El que destruyó cinco ciudades con las voraginosas llamas del fuego; El que sentenció á Nínive por boca de sus profetas, y El que convirtió á la soberbia Babilonia en un campo de ruinas y desolacion. Tú, cuya muerte fué tan dulce, que la envidiaron los ángeles, no permitas que la mia sea amarga. Extiende tu mano privilegiada sobre mí, en esa terrible hora, en que mi alma ha de ser tan duramente combatida. ¡Oh José! mi alma se acoje á tí: mi alma te invoca, y espera en tí en aquel instante, en que las puertas de la eternidad se abrirán para recibirme. Amén.

CANTO VIII.

EN EL JORDAN.

Allá en las soledades del desierto,
El hijo de Isabel pasó su vida,
A la oracion su lábio siempre abierto
Y el alma de la tierra desprendida.

No escuchaba otra voz el penitente
Que el concierto silvestre de las aves,
O el estruendoso ruido del torrente
Formando notas de sonoras claves.

El vestido que usaba era de pieles;
Se alimentaba de silvestres plantas;
Le daban sombra palmas y laureles
O de rocas salientes las gargantas.

A sus plantas jugaba el cervatillo,
El apuesto venado, el tordo manso,
El ánzar blanco, el pájaro amarillo
Que pesca en la tersura del remanso.

Maceraba su cuerpo vigoroso
Con la dura aspereza del cilicio;
Se preparaba en el desierto umbroso

A combatir los cánceres del vicio.

A los treinta años, inspirada su alma,
Se bajó á las campiñas del desierto;
Comenzó á predicar bajo la palma,
La palabra de Dios con fé y acierto.

Los rudos campesinos le escuchaban:
Sus palabras se fueron trasmitiendo;
Y muy pronto se vió que le buscaban,
Y que una multitud le iba siguiendo.

Llegaban á sus pies los Saduscéos,
Para vivir pidiéndole consejos,
E iban también los duros Tarixeos,
Mujeres, niños, jóvenes y viejos.

A orillas del Jordán los bautizaba,
El agua derramando en su cabeza;
La gracia de Jehová con él estaba,
Y era su alma paloma de pureza.

Atónita la inmensa muchedumbre,
Por un grande Profeta le tenía,
Cuando parado en la desierta cumbre,
Las tinieblas del mundo esclarecía.

Llegaron á creer en su ignorancia,
Que el hijo del anciano Zacarías,
Cuya fama abarcaba gran distancia,
Era el Hijo de Dios, era el Mesías.

Pero él desengañábalos diciendo:

«Yo, no hago mas que preparar la tierra:

«Soy un grano de arena, que dependo

«Del que jamás en sus designios yerra.

«Y mi boca no es digna de posarse,

«En el polvo que pisa su calzado;

«Y os digo: que su nombre ha de alabarse,

«Que no hay otro mas grande en lo criado.»

Entre tanto Jesus pobre y oscuro,

Y ya de padre huérfano, veía,

De su pequeña casa tras el muro,

Aparecer el sol de un nuevo día.

El sol, en que su casa abandonando,

Sus prodigios mas tarde alumbraría,

Cuando millares de almas conquistando

La Palestina entera cruzaría.

Al terminar sus veintinueve abríles,

Fuese á buscar á Juan á las montañas,

Atravesando valles y pensiles,

Por entre algunas rústicas cabañas.

Por entre estas montañas serpenteaba,

Bañando jaras y delgados tules,

Una sábana de agua que besaba

Cicomoros, almendros y abedules.

Allá en el seno de sus linfas hondas

Se arrastraban menudas arenillas,

Y se miraban en sus claras ondas

Las coquetas calandrias amarillas.

Y en su orilla tranquila, sin corriente,
Donde aisladas bañábanse las gramas,
Brillaban del pescado trasparente
Los negros ojos y las mil escamas.

Con su vuelo pesado se cernian,
En torno del Jordan, las níveas garzas
Y, ya pescando, el pico zabullian,
O ya iban á sombrear entre las zarzas

Llegó Jesus á su feraz ribera,
Y á Juan hallando le pidió el bautismo;
Juan le miraba por la vez primera;
Mas luego conoció que era Dios mismo.

—«¿Cómo he de bautizaros, le contesta,
«A vos, Señor, pue lo formasteis todo?
«¿Cómo acercarme al que su luz me presta,
«Yo, vil insecto, miserable lodo?

«¿Cómo poner mi mano en la cabeza,
«De quien descansa en las carmíneas nubes?
«Ni cómo he de lavar al que es limpieza
«Y ante quien sombra son, limpios querubes?

«Yo soy el pecador! la Augusta mano
«Poned en mi cabeza: el agua caiga
«Sobre este humilde y mísero gusano,
«Y la gracia de Vos á mi alma traiga.

—«Haz hoy lo que te digo; que el que viene
«Para vencer del hombre la malicia,
«Obrar, segun he dicho, le conviene,

«Para cumplir aquí toda justicia.»

Entonces vertió Juan el agua pura
En la humilde cabeza del Mesías;
Y se escuchó una voz desde la altura,
Entre dulces y tiernas armonías.

El sol plateaba las tranquilas ondas
Del celebrado y venturoso rio,
Cuyo cristal en las madejas blondas,
Saltaba cual cascada de rocío.

Sobre la cumbre del flexible dátil
Derramaba el clarín sus dulces notas;
Y del cedral en el altivo mástil
Se columpiaban mansas las gaviotas.

Desenrollando sus anillos de oro,
Al sol se calentaba la culebra;
Y á la sombra del alto cicomoro
Pastaba airosa la gallarda zebra.

Y entre tanta belleza y armonía
Modulaba la voz, clara y sonora:
«Este es mi Hijo querido, mi alegría:
«El que ha sido, será, y el que es ahora.»

Y en el abierto cielo se veía
Una paloma cual la nieve blanca,
Y una luz trasparente que tenía
La altísima montaña y la barranca.

CANTO IX.

LA TENTACION.

Jesus por el Espíritu Divino
A un profundo desierto fué llevado,
Muy léjos del mundano torbellino;
Donde solo pasó cuarenta auroras
A la oracion y ayuno consagrado.

Satanás, que acechaba paso á paso
Las virtudes del Hijo de María,
Viéndole solo en el desierto raso,
Quiso desengañarse, y fué á tentarle
Cuando por vez primera hambre sentía.

Y tomando la forma de un mancebo
Presentóse á Jesus con rostro altivo,
Y en sarcástico tono nada nuevo,
—«Convierte en pan las rocas en que te hallas,
Si eres, le dijo, el Hijo de Dios vivo.»

Mas respondió Jesus: —«Está ya escrito.
No tan solo de pan vivirá el hombre,
Que al que la imágen es del Infinito,
El mejor alimento es la palabra
Que inspira la grandeza de su Nombre»

Llevándole Satan por el espacio,
Le condujó al pináculo del Templo;
Y allí añadió: —«Si el cielo es tu palacio,
Déjate caer de aquí para que pongas
De tu poder y tu grandeza ejemplo.»

—«Escrito está!» repite Jesucristo,
«A tu Dios y Señor tentar no puedes:»
Satán entónces por el aire listo,
Le condujo á lo altísimo de un monte,
Y de su astucia desplegó las redes.

Hizo girar en todo su atavío
Los pueblos y ciudades de la tierra,
Llenó de pajarillos el vacío;
Y á sus plantas pasó la ardiente costa,
El alto monte y la empinada sierra.

—«Mira, le dijo, á Roma, altiva reina
«A quien la toga del poder abrumba,
«A quien el Tíver con sus ondas peina,
«Donde la ninfa Anais diera consejos
«Para ser un buen rey al sábio Numa.

«Su cortejo lo forman mil ciudades
«De encumbradas colinas y altos montes;
«Turin, Venecia y Nápoles, deidades
«Constantemente por el mar besadas
«Bajo el dosel de limpios horizontes.

«Allí viene Paris, la cortesana,
«Con sus cabellos de oro enortijados,

"Su ropaje de rica tarlatana,
 "Sus perfumes, sus joyas y sus flores,
 "Sus palacios de gas iluminados.

"Y la España también, noble y serena,
 "Contando de su pueblo las azañas,
 "La aristócrata Londres, Suiza y Viena
 "Con su Danubio de azuladas linfas,
 "Sus Carpatós, altísimas montañas.

"La Escandinavia con su polo frío,
 "Su régio manto de brillantes nieves;
 "La Prusia con su grande poderio;
 "Finlandia de crepúsculos eternos,
 "Y la Laponia con sus soles breves.

"Africa llega con sus mil canoas
 "Y sus condores de encorbado pico,
 "Sus águilas soberbias y sus boas,
 "Sus ardientes desiertos y sus palmas
 "Balanceando en el aire su abanico.

"Grecia y Aténas dándose las manos,
 "Sobre el sólio encumbradas de la ciencia,
 "Ven pasar á los pueblos sus hermanos
 "Con ese egoismo que revela el sábio
 "Y al parecer semeja indiferencia.

"Y tras ellas la Esparta se adelanta
 "Con su cota, broquel, vicera y malla,
 "Hollando cráneos con altiva planta;
 "Llevando entre cadenas mil vencidos,
 "Y empuñando el pendón de la batalla.

"Oculta por la valla de tres mares,
 "La América feliz, casta doncella,
 "De oro y plata ciñendo mil collares,
 "Entre aromados cármenes de flores
 "Por su belleza y su valor descuella.

"El Amazonas con sus linfas grandes
 "Baña sus bosques y empinados riscos;
 "Rizan su frente los soberbios Andes
 "Y en sus barrancos de caoba y ceiba
 "Alientan los rengíferos ariscos."

Pisando sobre conchas y corales
 Y surjiendo del mar entre la espuma,
 Sobre estelas de luz y de cristales,
 Ven las Antillas con serena calma,
 De su alto oleaje la nevada bruma.

Mostróle mas allá la grande Nubia,
 El alto Egipto y la feraz Australia,
 Del Chimborazo la melena rubia,
 Las ardientes arenas de la Libia
 Y los trigales de la fértil Galia.

Y cuando hizo pasar el mundo entero
 De Jesus á la vista portentosa:
 —"Todo esto te daré, si como espero,
 De rodillas me adoras." Satan dijo,
 Tendiendo una mirada desdeñosa.

Indignado Jesus, —"¡Huye, le dice:
 "Espíritu infernal, huye al abismo!
 "¡Véte de aquí! y acuérdate, infelice,

«Que solamente á Dios se adora y sirve;
 «Y que tu orgullo castigó Dios mismo.»

Huye Satan; y bajan en seguida
 Angeles mil de la celeste altura;
 Y sirven á Jesus régia comida:

Le alaban, le veneran, le bendicen!
 Y se alejan despues de la llanura.

«Alieftan los renegidos ariscos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes

«Pisando sobre conchas y conchas
 Y surtiendo del mar entre la espuma
 Sobre estelas de las y de cristales
 Ven las Antillas con serena calma
 De su alto oleaje la nevada pirma

«Mostró mas alla la grande Nubia
 El alto Egipto y la férax Anaralia
 Del Chinarozo la férax ruidia
 Las ardientes arenas de la Libia
 Y los trigales de la fértil Galia

Y cuando hizo pasar el mundo entero
 De Jesus á la vista portentosa:
 —«Todo esto te dare, si como espero
 De rodillas me adoras», Satan dijo
 Tendiendo una mirada desdenosa.

«Indignado Jesus», «Huye, le dice:
 «Espiritu infernal, huye al abismo!
 «Vete de aqui, y acóndrate, infelice»

CAPITULO VII.

INGRATITUD DE LOS NAZAREOS.

Al dar principio Jesus á sus predicaciones, eligió para su morada ordinaria á Cafarnaun, ciudad hermosa, arrullada por los continuos tumbos de las olas del Mar de Tiberiades. Esta ciudad, separada un tanto del trato de las demas que la circundaban, se levantaba allí oscura y humilde, sin ostentacion y sin grandeza. Pero Jesus tendió hácia ella su celestial mirada; adelantó su sagrada planta por aquellas risueñas praderas que la servian de alfombra, y sus colinas chatas parecieron iluminadas por un sol mas brillante y mas puro. Cafarnaun pareció, á su sola presencia, vigorosa y rejuvenecida. Era que la gracia tocaba á sus puertas: era que el Salvador de los hombres, la distinguía con un favor tan señalado, que, andando el tiempo, seria por él envidiada de todas las ciudades del Mundo Católico.

Las avejillas eligen el árbol que ha de suspender su nido; visitan otros bosques, fuera del sitio en que aquel levanta su penacho de verdes hojas; revuelan en torno de mas bellas y corpulentas encinas; cantan en derredor de perfumados tiestos; se elevan sobre ricas cimas; pero